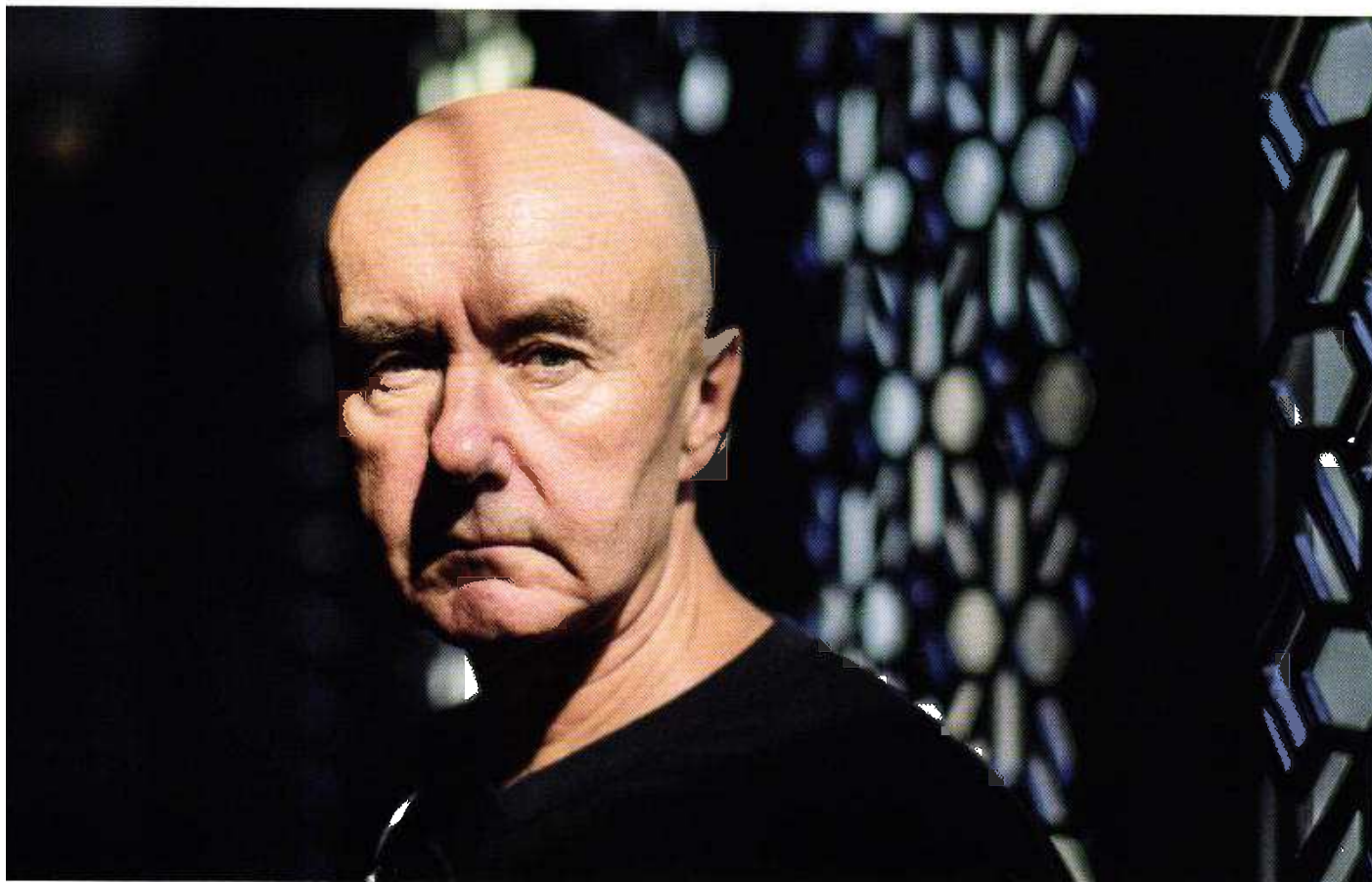


EL DEMIURGO *de* LEITH

IRVINE WELSH HA ALCANZADO ESTATUS DE ESCRITOR CASI DIVINO DESDE QUE HACE TRES DÉCADAS ALUMBRARA A LOS PROTAGONISTAS DE TRAINSPOTTING. PERO, CON CUATRO SECUELAS YA A SUS ESPALDAS, SE SIGUE NEGANDO A AMARLOS. *Por* ALBERTO MORENO



Irvine Welsh (Leith, Edimburgo, 63 años) pasea por el hotel Inside by Meliá Calviá Beach de Magaluf (Mallorca) como si estuviera en casa. Porque, cuando estás de gira, un hotel puede ser, literalmente, tu hogar. Con su última novela recién leída, me encamino al bufet del desayuno y lo primero que veo es su cara bronceada, saludable. Una cara que no termina hasta la nuca, pues continúa con su icónico cráneo rasurado desde comienzos de siglo. Lleva una camiseta verde y unas bermudas de cuadros beis y blancos microscópicos; las aparatosas chancas negras son Nike. Apura su taza, pero yo paso de largo porque aún tengo que trabajar las

preguntas que le haré dentro de siete horas, según entrevista concertada. Acabo de terminar *El artista de la cuchilla* (Anagrama), su cuarta inmersión en el universo de *Trainspotting* tras la novela fundacional con que alumbrara en 1993 a los icónicos yonquis barra maleantes Renton, Sick Boy, Spud y Begbie; los mismos que el director **Danny Boyle** inmortalizaría tres años más tarde en la película homónima.

En la desoladora Escocia del post-

thatcherismo plasmada por Welsh, las únicas fuentes de evasión de una juventud desmotivada y en paro eran la música (electrónica, machacona), el fútbol (desde las gradas, sobre todo en forma de violencia entre aficiones), la “priva” y las drogas. Aquel canto de cisne generacional que transitó entre la literatura y el cine construyó una retórica pop que recorrería la Europa cultural del siguiente cuarto de siglo a pesar de su falta de *gla-*

“La escritura es un acto de renuncia, de entrega y de mezcla. Fundes oro y lo das al mundo para no ocuparte más del tema”

El autor Irvine Welsh fue uno de los protagonistas del Festival LEM en Magaluf.

mour, o quizá gracias a ella. Nada más publicarse el libro, *The Guardian* bautizó a su autor como “el Céline escocés de los noventa” y la revista de agitación cultural *Rebel Inc.* defendió que su ópera prima merecía vender más ejemplares que la Biblia. Aquel explosivo debut conocería las expansiones *Porno* (secuela adaptada —muy libremente— al cine, también por Danny Boyle, en 2017), *Skagboys* (precuela que recreaba los primeros flirteos con las drogas del cuarteto protagonista), la novela que nos ocupa (y que ha dado con los huesos del psicópata Frank Begbie —ahora escultor de fama mundial— en la costa de California) y *Dead Men's Trousers*, aún inédita en España desde hace tres años porque “el traductor habitual no está disponible”, según me explicará Welsh cuando nos sentemos frente a frente.

La principal razón de que el autor superventas se encuentre en Magaluf hoy es que distintas instituciones de Mallorca han decidido impulsar la primera edición del festival LEM (Literatura Expandida a Magaluf) con él como cabeza de cartel, un intento de desligar a la zona de su dudosa reputación de turismo de baja calidad (hasta ahora era conocida como la cuna del *balconing*).

—Es curioso que lo traigan como principal reclamo de una iniciativa que quiere desterrar lo que sería el sueño vacacional de los protagonistas de muchas de sus novelas.

—Sí, a los protagonistas de *Trainspotting* les fascinaría estar en Magaluf. A Sick Boy le encantaría tener un bar aquí como capítulo final de su vida. También a Begbie. A Renton seguramente no; está demasiado jodido para siquiera llegar a Magaluf. Con respecto a traerme, me siento halagado; jamás se me habría ocurrido que alguien como yo pudiera ser la imagen de un

cambio cultural. ¡Lo siento por Magaluf! ¿Tan desesperada es la situación? [risas].

A pesar de toda la iconografía desatada por sus personajes principales a lo largo

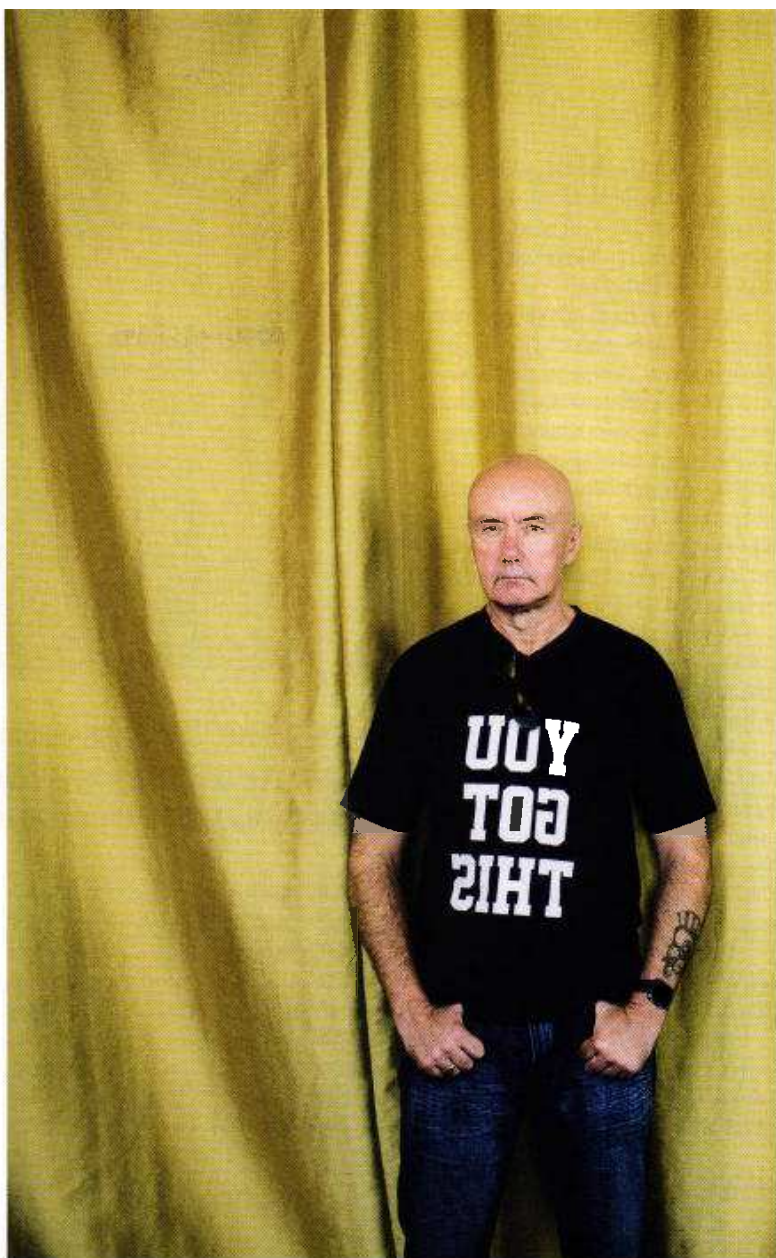
de tres décadas, Welsh no siente un apego especial por ellos. Son ya muchas entregas empleándolos como navajitas suizas, pero para él no son más que “una herramienta”, cuenta. “Si quiero explicar algo concreto y sé que lo puedo hacer con este o con este otro, los voy sacando en las distintas novelas”, explica esquivando el cariño que podría adi-

vinarse hacia la pandilla imaginaria que lo convirtió en millonario. “Nunca pienso en ellos como si existieran, tan solo si estoy escribiendo. Así que cuando los recupero tengo que volver a recordar quiénes son, empezando de cero”.

—¿Cree entonces que Renton o Begbie son más importantes para los lectores que para usted?

—Diría que sí. La escritura es un acto de renuncia, de entrega y de mezcla: lo que haces es fundir oro y darlo al mundo para no tener que ocuparte más del tema.

—Contaba el escritor español **Fernando Aramburu** que desde que vio la adaptación a serie televisiva de su novela *Patria* ya no era capaz de imaginar a sus personajes ▶



El artista de la cuchilla
Irvine Welsh

Agenda / Libros

con caras distintas de las de sus actores, pero usted describe a los suyos como trasuntos más fornidos, más guapos y más jóvenes que sus equivalentes audiovisuales. ¿Es capaz de abstraerse?

—Lo que yo hago siempre es volver a las descripciones originales de los libros, algo muy difícil, pero necesario. Si quieres permanecer fiel al universo de ficción que has creado, no puedes renunciar a esas claves. [En las películas] salen fiestas sexuales o delitos, pero muchos de los personajes no tienen nada que ver con eso. A veces se elige a actores que son muy distintos porque hay que trabajar con lo que encuentras en Gran Bretaña, y eso influye.

—Durante 15 años los periodistas le preguntaron si se rodaría la secuela de *Trainspotting*. ¿Sintieron Boyle y usted la presión de hacerla?

—Bueno, creo que llegamos al punto en el que nos pareció que habíamos rehuído la película durante demasiado tiempo. Circularon varias versiones de guion, pero no encontrábamos el momento para juntarnos. Y creo que nos daba miedo hacerla, pero luego nos dio más miedo no hacerla.

—Seguramente *Trainspotting 2* no era la película que esperaban los fans, tan despedgada de *Porno*.

—Tampoco es la que esperábamos nosotros; pero nos salió así. [El guionista] John [Hodges], [el productor] Andrew [MacDonald], [el director] Danny [Boyle]



“Quizá ‘Trainspotting 2’ no resulte tan emocionante y excitante como la primera parte, pero es una cinta más reflexiva”

y yo alquilamos una casa en la que estuvimos viviendo, tratando de averiguar cómo la íbamos a abordar y pensábamos: “¿Cómo podemos hacer esto para que sea relevante en la actualidad?”. Porque todavía son tíos más o menos jóvenes. ¿Cómo podemos actualizar su historia? ¿En qué trabajan? ¿Cómo hacemos que vuelvan a reunirse? Fue interesante por-

que decidimos que no podían dedicarse a drogarse un montón y a hacer el ridículo. La película tenía que resultar más triste en muchos sentidos, más contemplativa, con mayor vulnerabilidad, reflejando lo que le pasa a la gente cuando llega a esa edad. La primera parte es como si abrieras una botella de vino tinto barato y te la fueras bebiendo a grandes tragos; la segunda, un vino caro que dejas que repose en las copa, así que creo que hay un contraste interesante entre las dos, pero siguen estando muy relacionadas entre sí. Quizá *T2* no resulte tan emocionante y excitante como la primera, pero es una cinta más reflexiva.



ELIGE LA VIDA

Aquel himno noventero de protesta

“Elige la vida. Elige un empleo. Elige una carrera. Elige una familia. Elige un televisor grande que te cagas. Elige lavadoras, coches, equipos de compact disc y abrelatas eléctricos...” comenzaba recitando la voz en off de la adaptación al cine de *Trainspotting*... solo para contradecirse en el último verso del monólogo. Una antioda al neoliberalismo que anticipó años antes *American Psycho* y refrendaría *El club de la lucha* poco después. “Las novelas representativas de esa época [los noventa] hablan de la pérdida del trabajo remunerado, de la transición de una sociedad industrial en la que nos pagan por trabajar a otra en la que todo se ha transformado, en la que los recursos los domina una pequeña élite, donde el grueso está concentrado en manos de unas pocas personas con poder empresarial y político”, se queja Irvine Welsh.

Hay pocos personajes edificantes en sus novelas. ¿Siente que eso pueda tener peso en la audiencia? ¿A veces tiene miedo de ser una mala influencia para los lectores?

—Mi proceso creativo es como el de quien se inventa un zoo, donde ves a los osos dando vueltas, volviéndose locos. Y los creadores hacemos eso con los seres humanos. Desde que tenemos *smartphones*, te das cuenta de la depresión y los suicidios fruto de su uso. Todo el tema del neoliberalismo influye mucho en la salud mental. ■

DAVID HEDGES (WELSH)